

Parranda y poesía, lo demás es capitalismo. (Proyecto serigráfico de Macedonio Editores)



Ómar Peñaranda*



Juan David Molina**

No es que yo crea en los proyectos Estado-nación que unifican en esferas archivables los vitrales de una identidad nacional ni en la mediocridad antropológica que clasifica un abanico abierto de condiciones humanas bajo una sombrilla de sustantivos cómodos para los académicos del norte global. La identidad, a menudo, es un muro poroso por el que se filtran, traspasan y modulan las plurales formas de habitar, entender e interactuar con el mundo. La tierra: única certeza filosófica. No es que yo crea, pero creo; no existe pensamiento en soledad, la creación deviene en la mezcla de saberes, influencias y comunidades que el creador cataliza mediante el oficio y la técnica: así nació este proyecto. Agradecimiento especial a Macedonio Editores, sin ustedes no existiría la técnica ni la motivación para actuar en este mundo demente.

De entrada, aclaro que la enunciación de parranda y poesía como dos aspectos diferenciados es un descuido permitido por una lectura apresurada del contenido, su sentido es secuencial —no en un sentido cronológico— y designa la arquitectura esencial de los componentes del arte: celebración y alma. Ambas palabras son vértices indivisibles del polígono de la existencia, parranda y poesía, en su individualidad, son la abstracción

* Profesional en Creación Literaria de la Universidad Central; librero y artista del collage.

** Profesional en Creación Literaria de la Universidad Central, librero y artista del collage

simbólica-lingüística de la aspiración humana. El tercer elemento del cartel (capitalismo) apenas debería ser explicado para una persona con suficiente agudeza para realizar un exhaustivo análisis de medio segundo en el que contemple sus cercanías, este juego de jerarquías, poder y monopolio de mercado se nos ha ido de las manos. Nuestros tiempos nos orillan a entender de qué manera el sistema imperante nos priva de celebración y alma a quienes no gozamos del poder adquisitivo para jugar roles de poder en este tablero de Tío Rico.

En primera instancia tenemos la sustracción de la celebración, las lógicas de mercado nos han hecho creer que la distracción inmediata que supone la fiesta es la celebración en sí; nada más lejos de la realidad; la fiesta es una fracción de la celebración y no debe ser confundida con su totalidad pues omite el aspecto central de las celebraciones: la elevación del espíritu en comunidad. Aclaro: no es que la fiesta comprendida de una manera ajustada a nuestros tiempos no sea un medio para la celebración, es que, al estar inmiscuida en lógicas de mercado, no existe como una pulsión vital de la condición humana sino como un analgésico al mal de nuestros tiempos, confunde la inhibición de la carga del mundo poscapitalista de modo que no es respuesta sino consecuencia y no podría ser introducido como un eje de resistencia a la tiranía del capital (como sí lo haría la celebración). La celebración es ritual, en cualquiera de sus formas, y existe comunitariamente como una forma de emancipar el espíritu, revelarlo contra la opresión sistémica; no depende de las formas tradicionales de fiesta ni supresión de la atención, aunque no por ello discrimina la ancestralidad de la danza, el trago o el fuego; es, de hecho, el cimiento de cada uno de estos elementos llevados a su representación familiar-tribal. Subastamos nuestro brevísimo tiempo en esta tierra por un par de salidas a cubos de cemento en los que pretendemos olvidar la penumbra de nuestras condiciones inmediatas sin encender las hogueras en las que ardan las sombras. Quiero decir, es un derecho de la clase trabajadora la fiesta, el relajo —siempre Portilla— y la embriaguez, pero mientras le sigamos dejando la subversión de los aspectos que propagan esta pesadumbre a los intelectuales rolos,

centralizados, inocuos, seguirá prevaleciendo una visión colonial de la celebración: esto es indefendible.

La pregunta por el alma es tan antigua como la pregunta por el lenguaje; por tanto, a la luz de este texto, no me preocuparé por conceptualizar con precisión el significado de tal concepto, válgase con saber que la experimentación del alma es más significativa que su definición sea cual sea. Este segundo componente, el alma, es clave en la gesta de esta pieza. La música es uno de los métodos más poderosos para la experimentación del alma y tristemente en nuestros tiempos queda reducida a un mero acompañamiento a la rutina, un ruido blanco en la sombra del interlocutor hambriento de estímulos que doten de sentido su estancia despierta. Bastaría con sentarse en la oquedad de la inacción a escuchar cualquier pieza que excite la sensibilidad para experimentar el alma en su furor. Sentir es comprender, de modo que no hace falta un significado para el alma en tanto se esté atento a su actuar.

Ya que hemos visto de qué manera el capitalismo nos priva de estas dos experiencias, me centraré en exponer de qué manera la parranda y la poesía son, de hecho, aspectos idénticos pero reflejados desde la convergencia entre alma y celebración. Como mencionaba anteriormente, estos dos exponentes no son divisibles, de modo que cuando hablamos de parranda, inevitablemente hablamos de un mecanismo de la poesía para existir y cuando hablamos de poesía, no estamos más que verbalizando el actuar íntimo en el ser de la parranda. De esto me convenzo, pues no hallo manera en la que el sentido de hermandad que se desarrolla con la parranda y el ritmo y letra y melodía de las canciones no sean en sí una manera de experimentar la poesía, de ver efectivamente su reproducción en vivo. El vallenato, me parece, debe ser reivindicado como una forma de la poesía; el colonialismo moderno que se disfraza de cosmopolitismo nos ataca con la idea, antigua como el “descubrimiento” de América, de que aquello que no haya sido traído por las instituciones del norte global no puede ser entendido como un arte digno (todo el arte es absolutamente digno), así pues, las quenás, tamboras, cumbias y variadas músicas de nuestra tradición se ven como un arte de segunda y bajo la perversa imagen de la suciedad y la falta de refinamiento. Estoy convencido de que si en el Tucurínca

crecieran pianos con la alegría que emergen los peces, las piezas de Bach y Chopin serían vistas por la aristocracia colombiana (esa a la que muchísimo aspiran torpemente) con la tosquedad que piensan un diomedazo.

Parranda y poesía; mientras las lógicas de la colonia sigan siendo nuestra idiosincrasia solo esto podrá salvarnos. Parranda y poesía.

Si verdaderamente quisiéramos ver, ver con ojos de descubrimiento, el precioso regalo que dejó para nosotros el beso entre los esclavos africanos y esclavos indígenas, podríamos observar el privilegio que supone contar con un género musical tan dotado de texturas, relieves, densidades y fragancias como el vallenato ofrece. Yo he tenido la oportunidad de vivir en un mundo que me tiende con el esfuerzo de dos clics la totalidad de músicas producidas en toda la historia y, aun habiendo oído de primera mano los violines de las orquestas más renombradas, la seda envuelta por el viento del mejor tango argentino, el estruendo vital del rock, las sutiles lamidas del fado, la cabalgata de la samba, y aun con todo no he podido llorar de la manera en la que lo he hecho con los mejores sonidos de un acordeón. ○



